



Tercera guerra mundial (y última), por Marcelo Colussi.

Posted on Noviembre 29, 2024

“Si quieres la paz, prepárate para la guerra.”

Adagio latino atribuido a Flavio Vegecio

“De las guerras se sabe como comienzan... ¡pero no como finalizan!”

Freud, en lo que llamó su “mitología conceptual”, habló de una “pulsión de muerte”, es decir, una tendencia que tenemos los humanos a la destrucción, para el caso, a la autodestrucción. Es un concepto equívoco, complejo, con el que no es fácil estar de acuerdo.

De todos modos, la observación serena de la dinámica y la historia humana nos obliga a considerar que lo dicho por el fundador del psicoanálisis no está tan lejos de la realidad. “La inclinación a la agresión y a la destrucción forma parte de ellos [los motivos de las guerras]: las innumerables muestras de barbarie que jalonan la historia y la vida cotidiana no hacen más que confirmar su existencia”, escribía en una carta en respuesta a Einstein, quien le preguntaba por qué esa saña atroz del nazismo y, en general, de la especie humana en determinadas ocasiones.

Lo cierto es que nadie quiere las guerras, todos nos llenamos la boca hablando de paz, se firman

pomposas declaraciones que la entronizan, la Organización de Naciones Unidas se fundó-supuestamente- para asegurarla..., pero la guerra sigue siendo una constante en el mundo. En estos momentos hay más de 50 frentes de batalla abiertos en toda la geografía planetaria (de las cuales se habla poco, porque un par de “estrellas” se roba la atención-¿quién habla de los 200 mil muertos y 51 mil desaparecidos que tuvieron lugar durante el sexenio de López Obrador en México, por ejemplo?, un país sin guerra oficial, pero envuelto en un clima de violencia inaudito), guerras donde muere gente, quedan heridos y discapacitados de por vida, así como profundas secuelas psicológicas, amén de una terrible destrucción de la infraestructura creada por la humanidad. ¿Alguien se beneficia de esto? Hoy día: sí. Quienes medran comercialmente con ella: grandes fabricantes de armas (74 mil dólares por segundo mueve globalmente la industria bélica en el mundo). Por dar un solo ejemplo: cada soldado de Estados Unidos-hay casi un millón y medio- lleva como equipo, contando todos sus pertrechos y el arma reglamentaria, alrededor de 18 mil dólares. Alguien gana con esas mercaderías- que no otra cosa son todos esos instrumentos-; los soldados, por supuesto que no.

Qué tienen pensado los grandes grupos de poder que manejan en buena medida los destinos de la humanidad, no lo sabemos. Lo que está claro es que a la gran masa humana, aquellos a quienes nos quieren hacer creer que emitiendo un voto cada cierto tiempo decidimos algo, se la tiene muy bien engañada. Esos pueblos, en este caso: más de ocho mil millones de personas en todo el planeta, nosotras y nosotros, solo padecemos los efectos de esas mega decisiones. ¿Se viene entonces la Tercera Guerra Mundial, que significaría la destrucción de todo?

El conflicto entre Rusia y Ucrania/OTAN tuvo como objetivo de quienes lo pergeñaron (cabezas en Estados Unidos) golpear fuertemente al gran país euroasiático para debilitarlo, intentando así evitar la mancomunidad Moscú- Pekín, buscando que no prosperara el proyecto de los BRICS. Sucede que las cosas no salieron efectivamente como se pensaron, pues la Federación Rusa dio batalla ante las provocaciones de la OTAN de colocar armas nucleares a minutos de Moscú, y ni las acciones bélicas ni las numerosas sanciones económicas lograron derribarla. Por el contrario, terminó apropiándose de una cuarta parte del territorio ucraniano, y demostró su poderosísimo músculo militar. La pobre población ucraniana fue el verdadero pato de la boda, con alrededor de medio millón de personas muertas, fundamentalmente jóvenes que fueron al frente de batalla. Igualmente, la infraestructura del país quedó severamente castigada.

Si alguien ganó con todo esto fueron los capitales estadounidenses, que hicieron un triple negocio: 1) el complejo militar-industrial elevó sus ventas de armas en forma exponencial, 2) sus empresas gasíferas (Cheniere Energy, Sabine Pass, Kiewit Corporation, Gulfstream LNG Development), productoras de gas natural licuado, el que comenzaron a vender a los países europeos a un precio mucho mayor que lo que ellos pagaban por el gas ruso, y 3) las empresas que se cobrarán las facturas de la reconstrucción de la destruida Ucrania, en muchos casos tomándolas en especie, como por ejemplo las compañías agroalimentarias (Cargill, Monsanto, Du Pont), quedándose con las enormes tierras fértiles del país eslavo

(el “granero de Europa”, con 33 millones de hectáreas cultivables).

De todos modos, en el medio de la guerra ruso-ucraniana, el proyecto de los BRICS siguió adelante, y en el pasado mes de octubre en la ciudad de Kazán, Rusia, se dieron importantes acuerdos, marcándose así la creación de una importante área económica mundial desmarcada del dólar, lo cual marca el inicio del declive del capitalismo occidental y de la supremacía de Washington.



Esta guerra está técnicamente perdida por la OTAN/ Estados Unidos -Ucrania solo es el campo de batalla-.

Sobre el final del período de Joe Biden, no estaba claro cómo seguiría o terminaría el conflicto. El triunfo electoral de Donald Trump cambió un poco -o bastante- el tablero. Su promesa- seguramente pirotecnia verbal de la campaña proselitista- de dar por finalizada inmediatamente la guerra a partir de su asunción el próximo 20 de enero, quedó en entredicho. Como medida de despedida la actual administración demócrata decidió enviarle un fuerte mensaje: autorizó a Kiev en el uso de misiles estadounidenses de largo alcance con los que penetrar en lo profundo del territorio ruso. De hecho, fueron utilizados por el gobierno ucraniano.

La respuesta del Kremlin no se hizo esperar: modificó de urgencia su doctrina nuclear, rebajando el umbral necesario para poder emplear armas atómicas. El lanzamiento de un misil hipersónico que impactó en suelo ucraniano burlando todas las defensas, es una demostración que el conflicto puede escalar. En realidad, nadie quiere una guerra total, devastadora, entre la OTAN y Rusia, con la posibilidad de uso de los arsenales nucleares. Todo el mundo sabe que eso nos lleva directamente al holocausto final para toda la humanidad. En verdad, la autorización que hace Biden es un mensaje para Trump de parte del complejo militar-industrial de Washington (Lockheed Martin, Boeing, Northrop Grumman, General Dynamics,

Raytheon): “¡cuidadito con pensar en terminar con nuestro negocio!”

Lo que hace Moscú también es un mensaje político: “no nos fuercen a utilizar armas atómicas, porque si siguen provocando, nos veremos en la necesidad de hacerlo.”

Más allá de ideas paranoicas, por supuesto que hay factores de poder que deciden la marcha del mundo, siempre en secreto, sin consultar a las grandes mayorías (la democracia occidental, representativa, por tanto, no pasa de mito payasesco). Uno de esos factores, quizá de los más determinantes, es el Grupo Bilderberg. Esos “amos del mundo” se reúnen una vez al año, fijando las pautas económico- políticas que nos tocará seguir a buena parte de la humanidad. Por lo pronto, en el año 2022, su encuentro-siempre mantenido bajo las más estrictas medidas de seguridad- tuvo lugar en la ciudad de Washington, Estados Unidos. Nunca se conocen sus conclusiones; en todo caso, las padecemos luego. Para esta ocasión pudo filtrarse lo que sería la agenda del evento. Entre otros puntos (el avance de China y las estrategias para detenerla, la guerra de Ucrania, el empantanamiento de la economía del capitalismo occidental) figuraba la “gobernabilidad global post guerra nuclear”. Todo indica que en estos poderosos grupos decisorios se contempla la posibilidad de una guerra con armamento nuclear. Según las hipótesis que se conocen, serían enfrentamientos con armas atómicas tácticas, no estratégicas. Estas últimas, más allá de la disuasión, nunca se usarían, porque ello significaría el fin de toda la población planetaria. Las armas tácticas no tendrían tanto poder destructivo, pero los entendidos dicen que igualmente el uso de armamento nuclear provocaría daños irreversibles. Lo cierto es que muy pequeñas élites- grandes factores de poder- tienen ya planificado algo al respecto (con refugios antibombas atómicas para pequeños grupos “selectos”, por ejemplo). Los ciudadanos comunes de a pie ¿estaremos condenados a lo peor? ¿Se nos consultó algo al respecto?



Nadie quiere la guerra nuclear, pero pareciera que, sigilosamente, ¿realmente nos vamos deslizand

ella? La Alcaldía de Nueva York está circulando un video dedicado a toda la población donde, en tres pasos, explica la conducta a seguir en el caso de un ataque atómico. En el Norte próspero hace un tiempo que se están vendiendo refugios anti bombas atómicas por hasta dos millones de dólares. Rusia también los comenzó a producir en forma masiva para su población. En los países escandinavos (Noruega, Suecia, Finlandia) las autoridades están distribuyendo entre sus habitantes folletos indicativos para resistir en el caso del comienzo de una guerra nuclear. El clima se ha tensando mucho; la verborrea intimidatoria no falta.

De ambas partes, Rusia y Estados Unidos, las respectivas autoridades dicen que no desean un enfrentamiento atómico, que eso se debe impedir a toda costa; quizá nunca se llegue al mismo, pero la retórica desplegada en estos días mantiene en vilo a mucha gente en el planeta.

Hoy día ambas potencias cuentan con alrededor de seis mil armas atómicas cada uno. Debe remarcarse que el poder destructivo de cada uno de estos artefactos es, como mínimo, 20 veces- algunas 50 veces- superior a las bombas que lanzó Washington en 1945 sobre Japón (Hiroshima y Nagasaki), único país de la historia en utilizar este armamento en acciones de enfrentamiento real, y justamente cuando la Segunda Guerra Mundial ya estaba decidida y la nación nipona prácticamente rendida. Según los científicos conocedores de estos asuntos, de activarse estos arsenales nucleares disponibles en la actualidad se podría producir una explosión de tales dimensiones cuyas secuelas llegarían hasta los confines del Sistema Solar, hasta la órbita de Plutón. Ello podría ocasionar la muerte de millones y millones de seres humanos en forma inmediata producto del impacto, más otros miles de millones al corto tiempo de diversos tipos de cáncer por efecto de las nubes radioactivas que envolverían todo el planeta.

Quienes eventualmente sobrevivieran en los refugios- las estaciones de metro, por ejemplo-, morirían de hambre a la brevedad, porque el invierno nuclear (polvo levantado por las explosiones, similar a lo del meteorito de Yucatán hace 65 millones de años que acabó con el 75 por ciento de toda forma de vida, incluidos los dinosaurios que hoy consumimos como petróleo) cubriría el sol por una década como mínimo, creando una noche continuada que eliminaría toda forma viva. Einstein había dicho que, si se daba una tercera guerra mundial, la cuarta sería a garrotazos; parece que eso era demasiado esperanzador, excesivamente benevolente: ¡no quedaría nadie!

Es imposible predecir si eso puede pasar. Queremos creer que la racionalidad y la sensatez se impondrían, y que nadie quiere comenzar un conflicto que puede terminar en ese incontrolable Armagedón atómico. De hecho, las potencias utilizan la expresión MAD: Mutually Assured Destruction (Destrucción Mutua Asegurada), relación también conocida como “1+1=0”, para referirse al eventual escenario de una guerra nuclear: ninguno de los dos adversarios sobreviviría. Mad, curiosamente, significa “loco” en idioma inglés. Confiamos en que nadie va a ser tan “loco” de oprimir el primer botón. Pero la intuición freudiana de una pulsión de muerte que, inexorablemente nos llevaría a la autodestrucción, no parece descabellada. De las guerras se sabe cómo comienzan... ¡pero no cómo finalizan!

En estos momentos se está jugando con fuego. El “Reloj del Apocalipsis” o “Reloj del Juicio Final”, como se le llama a la metáfora con que el Boletín de Científicos Atómicos de la Universidad de Chicago mide la cercanía en que se está ante la posibilidad del fin del mundo, coloca la medianoche a solo 90 segundos. No debe olvidarse que cuando se juega con fuego... nos podemos quemar. El detalle a tener en cuenta es que ahora esa quemazón implica la posible desaparición de la humanidad. ¿Por qué decir esto? Porque una vez desatado un ataque nuclear, la vuelta atrás es imposible. Todos los análisis coinciden en que es técnicamente imposible una conflagración nuclear, porque allí no habría ganadores.

Las bravuconadas, amenazas y mentiras son parte esencial de cualquier guerra. Esperemos que todo esto no pase de la verborragia de los boxeadores antes de una pelea; es decir: parte del circo mediático. El problema es que si eso se va de las manos, se termina todo. Es inadmisibile que la sed de lucro empresarial del capitalismo- para que no caiga el dólar- nos pueda haber llevado a esto. Esto muestra fehacientemente qué es en realidad el capitalismo: ¡el veneno de la humanidad! Por eso mismo, por razones de ética elemental, hay que ir más allá de él, antes que se imponga la pulsión de muerte.

Por Marcelo Colussi, Politólogo, catedrático universitario e investigador social. Nacido en Argentina estudió Psicología y Filosofía en su país natal y actualmente reside en Guatemala.

El Maipo/PL

Nota: El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de sus autores, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.